

los que la persiguen y calumnian, no permitió que padeciese largo tiempo mi reputacion. Un día que en la plaza pública estaba mas envenenado contra mí, repitiendo con particular energía las acostumbradas donosuras, fue repentinamente asaltado de un accidente apopleptico, que desde luego le impidió el uso de aquella lengua que tan desapiadadamente estaba revolviendo contra mi honor. Conoció entonces el infeliz su gravísimo pecado, y reconoció la mano de donde venia aquel castigo, y no pudiendo retratar con las palabras sus enormísimas mentiras, pidió por señas recado de escribir, y confesó públicamente haber sido falso y calumnioso todo lo que había dicho de mí. Dixo, que me pedia perdon, y sobrevivió despues dos días, al cabo de los quales murió, dando muchas señales de verdadera penitencia, con edificacion y consuelo de los que se hallaron presentes.

Esta muerte, que me libraba de un grandísimo trabajo, fue para mí como presagio y aun principio de buena fortuna, la qual parece me queria volver á mirar con buena cara. Y á la verdad no me engañé, porque despues de aquel caso, no se han pasado seis meses, sin que haya tenido el inexplicable gusto de volver á verte, quando todos creian que para siempre te había perdido.

CAPITULO XIII.

Participa el Siciliano á Dagal el hallazgo de su muger. Dudas sobre su vuelta á Madagascar: oponese á ella su esposa. Declara á Isidoro el pensamiento de su marido, y resolucion que éste toma.

Asi acabó su relacion mi bella Irene, y con este motivo se repitieron nuestros abrazos, nuestros parabienes, y nuestras recíprocas congratulaciones. Yo no quise perder tiempo, ni dilatar un momento de dar parte á mi amigo Dagal de este mi felicísimo suceso, bien que nunca le había contado mis aventuras. Escribíle pues una carta, en respuesta de la qual me daba la gustosa noticia de su solemnísimo bautismo, celebrado con la mayor pompa, y con la asistencia de muchos Cardenales y Prelados, habiendo dado á la Corte de Roma un magnífico y alegrísimo espectáculo con su dichosa regeneracion á la católica fé por el bautismo. Dábame muchas enhorabuenas por el feliz hallazgo de mi cara esposa, advirtiéndome al mismo tiempo, que no me dexase llevar de una excesiva complacencia ó condescendencia con ella, teniendo presente la manera con que eran

eran tratadas las mugeres en su país, y concluyendo con que no me descuidase en dar todos los pasos necesarios para conseguir los consabidos Misioneros que habia prometido al Rey conducir conmigo, para que convirtiesen todo el Madagascar al servicio del verdadero Dios. Recibí esta carta en Mazara mi patria, á donde habia ido á dar una vista á mis bienes y mi hacienda. Me causó la tal carta una indecible inquietud, embarazo y perturbacion; porque no me hallaba ya en aquel estado de indiferencia, ó por mejor decir de libertad, en que á mi parecer me veía quando dexé á mi Intérprete en Roma, y mucho mas quando formé el zeloso y christiano proyecto en Tarapasar. Miraba entónces á otro ayre todas las cosas del mundo, y acostumbrado ya á vivir segun la costumbre y simplicidad de los Madagascarenes, ninguna cosa era capaz de sobornar mi corazon, para que no siguiese los primeros impulsos de mi voluntad, los quales (¿quién sabe si por vanidad mas que por verdadero zelo?) todos se dirigian á promover el bien espiritual de aquellos Pueblos, y de aquel Rey, á quien yo tanto debia y tanto amaba. Pero el presente amor de mi muger, de los amigos y de la patria, me ponía con la mayor viveza delante de los ojos los peligros, los trabajos, y el incierto paradero de una larga navegacion por mares tan tempestuosos, y por climas tan diversos. Fuera de eso se me excitaban mil dudas sobre el buen éxito de la mision, y sobre si me saldria todo tan felizmen-

te como yo me lo habia figurado. ¿Quién sabe (me decia yo á mí mismo) si encontraré los animos dispuestos á recibir la nueva Religion que pretendia introducir entre ellos, y si en lugar de los aplausos, de la estimacion, y favores que antes me dispensaron, no me reciban ahora con insultos, injurias, desprecios, y quizá quizá con una muerte cruel? Tal vez se me representaba tambien, que podia hallar ya muerto al Rey, y que el nuevo Gobierno llevase la máxima contraria, no queriendo admitir ningun extrangero á la inspeccion y direccion de las cosas de Estado, como parece lo dictaba la mejor politica, y el amor á la propia libertad. Mas por la parte contraria me parecia, que el no volver yo á la Isla era faltar á la palabra que habia dado al mismo Rey, el qual aunque no pudiese vengarse en mí, podia muy bien hacerlo en todos los Europeos que aportasen á su Reyno, y yo seria la causa no solo de innumerables muertes, sino de que aquel Monarca los tuviese á todos por fementidos y desleales. Pero lo que sobre todo me hacia mas fuerza era el persuadirme á que en cierto modo faltaba á lo que debia á Dios, habiéndome ofrecido á procurarle la conquista de tantas almas, quantas eran y serian los habitantes presentes y futuros de una Isla tan dilatada y tan poblada; por cuyo importantísimo servicio no solo debia despreciar todo otro humano respeto, sino exponer tambien toda mi hacienda, y si fuese menester, la misma vida.

La inquieta irresolucion, y terrible agitacion en que me tenian estas congojosas dudas y molestos pensamientos, me hicieron perder mi natural serenidad, y mi alegria acostumbrada. Conociólo muy bien Irene, y como ignoraba la causa, me apuró tanto para que se la dixese, que me vi precisado á declararsela. Quando acabé de contarla todo lo que habia en el asunto, y ella me vió todavía neutral é indeciso entre dos partidos tan contrarios, como eran el de volver á emprender un viage tan largo entre peligros de naufragios, de muertes, de prisiones y de esclavitud, ó el de estarme quieto, en paz y sosegado, atendiendo al gobierno de mi familia, echo á llorar y afligirse como una desesperada, de manera que sus lágrimas fueron las que finalmente me vencieron, haciéndome caer en la flaqueza de determinarme al segundo partido, abandonando enteramente el primero, aunque con no poca repugnancia, ó por mejor decir remordimiento. Entónces conocí lo poco que el hombre es dueño de sí, quando tiene un corazon demasiadamente tierno por su muger, y lo muy prudente que es aquella máxima de los Madagascareses, de no apasionarse demasiado por ellas. A este tiempo llegó Isidoro desde Palermo á visitarnos. La primera cosa que le contó Irene despues de las acostumbradas saluciones, fue el pensamiento que yo habia tenido hasta entónces de volverme á Madagascar. No le parece á usted, añadió luego mi esposa, que es bello amor el que tiene su ami-

amigo á una muger que tanto ha penado por él? No sabe resolverse á pasar en su compañía los dias que le restaren de vida, y antes bien le veo dispuesto á abandonarme de nuevo primero que dexar la extravagancia, y aun la vanidad de un viage tan disparatado y tan peligroso. Al oir yo semejantes expresiones, me consideré obligado á justificar los motivos que me habian tenido perplexo en la eleccion de los dos extremos contrarios. Con este fin informé menudamente á Isidoro de los empeños que habia contraido con el Rey de aquel país, y del gran bien que resultaria á todos aquellos pueblos de su efectiva conversion, sin olvidarme de exponerle las razones que me tenian indeciso entre los dos partidos, y eran todo el fundamento de mis molestísimas dudas. Si todas ellas no bastan, dixo entonces Isidoro, para expugnar el corazon de un hombre casado, como lo eres tú, bástete á convencerte y aquietarte el que un amigo tuyo éntre desde luego á subrogarte, y á echarse sobre sí todas tus obligaciones. Yo, caro amigo Cesar, yo mismo quiero representar tu persona con el Rey de Madagascar. Yo iré con Dagal y con los Misioneros á hacer tus veces, esperando en Dios que echará su bendicion á tus deseos y á los míos. ¡Pero cómo? le interrumpí, pasmado y aturrido, al oirle tan extraordinaria oferta. ¿Cómo es eso? ¡Pues qué! pretendes abandonar tu patria, tu madre, y tus bienes, para exponerte á tan-

tos peligros como se experimentan en semejantes viajes, en climas tan contrarios, y entre naciones desconocidas, separadas millares de leguas de las nuestras? Sí, amigo, respondió Isidoro. Mi mayor deseo es ver aquellos remotísimos Países que el Occéano tiene separados de los nuestros. Me siento con espíritu y valor para superar todas las dificultades. Soy joven, estoy sano, no tengo muger, ni hijos, ni quiero tenerlos; estoy acostumbrado á una vida tunante y vagamunda desde mis años juveniles. Todas estas razones me bastan para no dexar que se me escape la ocasion de ser tu sucesor en la Isla de San Lorenzo. ¿Pues qué? le repliqué: ¿quiéres condenarte á no volver mas á ver tu amada Patria? Eso será conforme, me respondió: no me atrevo á concederlo, ni á negarlo. Regularéme como lo pidan el tiempo y las circunstancias. Si el cielo me conserva la vida, es muy posible, que el amor que te tengo me haga volver á Sicilia. Por lo demás, ya sabes que á mí nunca me ha gustado la vida quieta, y podria suceder, que aun aquello fuese no mas que por pocos meses. Lo que te recomiendo mucho es á mi anciana madre: entra en mi lugar á hacer con ella oficios de hijo, haciendola venir á tu casa, si te pareciere, en la inteligencia de que desde luego te declaro dueño de todos mis pobres haberes, y de aquel corto depósito que me deparó la fortuna, salvo unicamente lo que hubiere menester para costear el viage de los Mi-

sioneros á nuestro destino. A propósito de ese depósito, le repliqué, acuerdate, amado Isidoro, que me estás debiendo la relacion de todo lo que te sucedió desde que pasaste á Nápoles de Romanía, y saliste de Lepanto, particularmente del modo con que adquiriste el tal depósito. Y pues yo te he dado menuda cuenta de toda mi vida, pide la buena correspondencia, que tu no me niegues el gusto de informarme de la tuya. De muy buena gana te le daré, me respondió; y quando con efecto iba á comenzar, le interrumpió Irene, diciendole, que no se contentaba con esto solo, sino que debia continuar su historia desde que en la Isla de Cefalonia se cortó el hilo de ella, con ocasion del violento raptó que alli sucedió de la misma Irene.

CAPITULO XIV.

Prosigue la Historia de Isidoro, y lo que le sucedió en Génova, quando hizo profesion de Astrólogo.

Acuérdome muy bien, dixo Isidoro, de que aquella noche, en que dispuso el pérfido Demétrio que vos, Señora, fueseis tan grosera y barbaramente arrancada de los brazos de vuestro digno esposo y caro amigo mio, habiais mostrado grandísima curiosidad de saber como me

habia ido en Génova con la profesion de Astrologo. Ahora oireis lo bien que me fue en ella. Luego que logré alguna fama entre la gentalla que concurría en la plaza á componerme un numerosísimo auditorio, comencé tambien á cobrar crédito entre la gente de otro pelo, y era justamente aquella de la qual podia sacar mayor utilidad. Un mocito Mercader, á quien algunos dias antes habia visto vender paños en una tienda, juntamente con un viejo que era su padre, el qual, calados los anteojos, estaba continuamente aplicado sobre los libros de caja, vino una mañana al monton que me rodeaba mientras estaba yo charlataneando. Observé que el tal mozo me oía muy atentamente con una cara espantadiza, y con un cierto ayre de quien revolvía allá dentro de su cabeza grandes pensamientos. Parecióme que poco mas ó menos habia comprehendido qual sería el motivo de su alteracion, y haciendole señal de que se acercase á mí, y me mostrase la mano, despues de haberme detenido algun tiempo mas de lo ordinario en ademán de admirado en el exâmen de los lineamentos que en ella se descubrian, sin embargo de no saber siquiera una pababra de chîromancia, le dixé al oído: Señor, usted está fieramente enamorado de una bellissima doncella, que no le hace caso, antes bien no le puede sufrir; y usted anda allá fantasticando el modo de conquistarla, regalandola con una pieza de alguna rica tela, que piensa hurtar de la tienda de su señor

pa-

padre. Sin duda dí en lo que al mozuelo le andaba girando por los cascos, porque despues de haberme confesado que todo era verdad, ni mas ni menos como yo se lo habia dicho, me suplicó que luego que me desocupase de allí, tuviese á bien irme á cierto sitio que me señaló, para pronosticarle las cosas que en aquellos sus amores le habian de suceder. Así lo hice, despues que despaché á varias personas, las quales, viendo que un mozo de buena traza, y mas que decentemente vestido, como era el Mercader, se habia dignado venir á consultarme, y se habia despedido de mí haciendose cruces, asombrado de mi gran saber, y publicandolo á todos, amontonada una gran multitud de ellos, habian concurrido á aquel lugar, deseosos con la mayor impaciencia de que á cada uno le pronosticase su fortuna, pagandomelo aun mucho mas de lo que podian sus fuerzas. Concurrí pues al sitio apalabrado, donde ansiosamente me estaba esperando el tal mozuelo. Ya ustedes se persuadirán á que sin detenerme mucho á consultar su fisonomía, ni mucho menos el horóscopo de su nacimiento, le diría lo primero que se me vino á la boca, esto es, mil cosas de mero capricho; pero todas dirigidas á lisongear su genio, y especialmente aquello que mas podia agradar á su amorosa pasion. Todo se lo tragó el pobrecillo con la mayor facilidad, muy persuadido á que mis palabras eran otros tantos oráculos de Dêlfos, ó respuestas de las Sibilas.

No

No hay cosa mas facil que hacer del Astrólogo en orden á lo futuro: cada qual puede inventar lo que guste al consultante, sin peligro de ser desmentido, porque los Astrólogos de nuestros tiempos no salen por fiadores de sus predicciones, y mudan de país antes que llegue el tiempo que ellos señalan en que se han de verificar los sucesos que pronostican. Su mayor dificultad está en hablar de las cosas pasadas, porque estando mas y mejor instruidos en ellas los mismos que echan dinero al ayre por el pueril é insulso gusto de oírselas contar á otros, es menester caminar con grande tiento, y con la mayor circunspeccion, echando mano de las conjeturas, y usando siempre de términos generales, como tambien de expresiones equívocas, ó ambiguas, y teniendo buena provision de escapatorias para alterar, modificar y explicar las palabras con que se declaró lo que no se sabia. Asi que, habiendo dicho yo al Mercaderillo, que en el breve giro de dos meses estaria en posesion de su enamorada, con otras mil berengenas que se me vinieron á la boca, me regaló con medio doblon Italiano, y habiendome despedido de él, me fui derecho á una hostería, donde le gasté alegremente.

No bien habia acabado de comer y beber muy á mi satisfaccion á costa de aquel simplecillo enamorado, quando entró en busca mia una muger, que me dixo ser Demandadera de ciertas Monjas que deseaban mucho oír mis pronó-

nósticos, y me suplicaban fuese á darlas este gusto lo mas presto que pudiese. Dí palabra de que iría; y luego que partió la Demandadera, me puse á considerar qué era lo que yo podia decir á aquellas buenas Religiosas, no conociendo á ninguna de ellas, ni teniendo la menor noticia de su caracter. Despues de muchas reflexiones que hice sobre este punto, sin que me ocurriese cosa de provecho, concluí diciendome á mí mismo: acabóse: me regularé por lo que alli se me ofrezca de repente. A una la diré que gruñe mucho con el Hortelano, porque cuida poco de la huerta, no dexa crecer la ensalada, y no riega á tiempo las flores. A otra, que se enfada muchas veces contra las gallinas, porque no ponen dos huevos cada dia. A esta, que sus hermanos se hacen remolones, y no son puntuales en pagarla su vitalicio: á aquella, que se hizo Monja contra sus cinco sentidos, porque la obligó á ello su padre, solo para que los hijos varones lo pudiesen pasar mejor. A tal qual la insinuaré, que las otras la miran con malos ojos, y con alguna envidia, porque ven que no observa la vida comun, porque come algunas veces tal qual plato delicado, que de quando en quando la envian su amorosa madre ó su querida hermana. Haré algunos pronósticos sobre los dulces que fabrican, y las daré algunas reglas, para que en ciertos quartos de Luna y aspectos de este Planeta, echen en ellos mas ó menos ingredientes, segun aque-

llo que se me pusiere en la cabeza. Con estas prevenciones me fui al tal Convento, donde inmediatamente supe, que el Mercaderillo, á quien yo habia hecho los pronósticos que quedan referidos, tenia una hermana en él, y por consiguiente al tal Mercaderillo debia el favor que me dispensaba aquella Comunidad. Y habiendo hecho mi pronóstico á todas ellas desde la Abadesa hasta la Cocinera, me salió todo á maravilla, y me hicieron un bonísimo regalo por mis acertadas predicciones. Verdad es que no me acuerdo haberme visto tan embarazado en toda mi vida, como me ví en aquella ocasion. Todas á porfia querian ser las primeras á oír la suerte que las tocaba: hacianme unas preguntas tan exóticas y tan extravagantes, que fue bien menester todo mi ingenio y toda mi paciencia para desenvolverme de ellas con honor.

Partí pues de aquel Monasterio ya bien tarde, y quando llegué á mi casa, me hallé con un criado de uno de los primeros Señores de Génova, que á los títulos de su antigua y nobilísima casa, añadía otros muchos de la mayor distincion. Díxome el criado de parte de su amo, que aquella misma noche me esperaba en su Palacio. Obedecí inmediatamente, no tanto por el respeto que debia á la persona que me citaba, como por la esperanza de echar un buen lance á favor de mi bolsillo. Luego que me presenté en Palacio, me introduxeron en un gabinete, donde estaba solo el amo sentado en

un

un canapé. Ví que era un hombre ya abanzado en edad, pero robusto, y que se estaba divirtiéndose en fumar tabaco con mucha sorna, prosopopeya y gravedad. Inclinéme prontamente, haciéndole una profunda reverencia, y él me correspondió cortesantemente con bastante agrado, pero sin perder un punto de su seriedad y entereza. No te necesito, me dixo, sino para que cooperes con algun engaño de tu embusterísima profesion á proporcionarme un gusto en que tengo grande interés. Yo, aunque paso ya de los setenta años, soy tan ardiente y tan fogoso, que jamás he podido vivir sin tener junto á mí alguna muchacha alegre y bien parecida, con quien holgarme y divertirme. Me faltó poco há la que me servia hasta aquí, arrebatada de una grave enfermedad, y apenas fueron enterradas sus bellísimas cenizas, quando me sentí abrasado en el fogoso deseo de acomodarme con otra. Habiendo echado los ojos por toda la Ciudad para descubrir otra que fuese digna de mí, los fixé en una doncellita de catorce años, hija de padres honrados, pero pobres, y educada en las mejores costumbres: circunstancias todas que hacen sumamente difícil la empresa de reducirla á mi voluntad. Habiéndome informado de su temperamento y de su índole, he sabido, que en punto de ambicion flaquea un poco mas que el comun de las mugeres, tanto, que por el ayre señoril que se da dentro de casa, la llaman la Princesa, y la madre, que celebra mucho este gran espíritu de su hija, es-

TOMO VI.

pe-

pera verla colocada en fortuna muy superior á su nacimiento. Haré que te enseñen su casa, y despues dispondré que la conozcas, y quando tengas ocasion de hablarla, usa de aquellos medios que son tan fáciles en tu profesion. Dala á entender, que su estrella la tiene destinada para compañera de un gran Señor, y que por los misteriosos arcanos de tu Astrología sabes ciertamente, que uno de este mismo país no desea otra cosa con mayor ansia que la dicha de poseerla, teniendo librada su fortuna en sola esta esperanza. La insinuarás, que todo esto lo logrará facilmente, y dexa lo demás al tiempo y á mí, asegurándote, que concludido el negocio tendrás 24. doblones de regalo. Enterado de lo que el Caballero me quería, aunque me tiraba mucho el crecido premio que se me habia ofrecido, me causaba por otra parte grande horror cooperar á una seduccion de tan mala especie, y de tan terribles conseqüencias. Conocía muy bien hasta dónde llegaba la gran maldad de fomentar la bestial concupiscencia de un viejo septuagenario, en grave perjuicio de una inocente doncellita y de una honrada familia; por lo qual procuré escusarme de semejante comision, alegando mil razones, que ninguna fuerza hicieron al tal ciego y apasionado Señor. Antes bien irritado de mi resistencia á servirle, protestó, que si no executaba prontamente, con puntualidad y con secreto lo que me habia mandado, me haria probar lo que valian los brazos de sus criados,

IV. 207. y

y hasta dónde alcanzaban los efectos de su indignacion. A una resolucion tan absoluta y concluyente, cedieron cobardes los impulsos de la conciencia y del honor: baxé la cabeza, y le prometí que le obedeceria ciegamente.

Informado pues de la calle, casa, persona y nombre de la tal Señorita, lo primero que hice la mañana siguiente fue irme al quartel de la Ciudad, donde ésta habitaba, gritando en alta voz: *¿Quién quiere oír á un Astrólogo nunca visto semejante, que sabe todo lo pasado y lo presente, adivinando infaliblemente lo futuro?* Asomábanse las mugeres á los balcones y á las ventanas; quién me llamaba á una parte, quién á otra: ésta me hacia una pregunta, aquella me preguntaba otra cosa, y todas á porfia querian verme y hablarme. Ya ustedes conocerán que procuraria desembarazarme de todas con presteza, y en pocas palabras, porque mi fin era otro que el de contentar su curiosidad. Luego que llegué enfrente de la casa donde vivia la Señorita, para quien armaba yo aquella infame red, la ví al balcon á ella, á su Madre, y á una hermana suya. Conocíla inmediatamente por las puntuales señas que me habian dado, y comenzando á hacer mil aspavientos, y violentas contorsiones, no de otra manera que si de repente me hallára poseído de algun furor divino: *¿qué es lo que veo!* exclamé: *¿qué Planeta feliz era el dominante en el punto en que nació aquella afortunadísima doncellita!* O, y

224

V 2

quan

quán grandes cosas estoy leyendo en aquella espaciosa frente! ¡O, y cuántas me descubren sus brillantísimos ojos! Ahora, ahora sí, que se hizo pedazos aquel velo, que no me dexaba penetrar los arcanos de las gentes. Desde que exercito esta profesion, nunca, nunca he podido lograr ver una fisonomía que concilie todas las gracias, y toda la belleza posible, con toda la prosperidad de la mas risueña fortuna. ¡Ah séame lícito (pero quiero hacerlo sin pedir licencia á nadie); séame lícito, vuelvo á decir, descubrirte, ó dichosísima doncella! todas las aventuras que han de hacer toda la mayor felicidad de tu dignísima persona, y la de toda tu benemérita familia. Al oirme hablar con este entusiasmo, se comovió toda la vecindad, con lo qual quedaron mas penetradas la inocente palomita que yo pretendia engañar, su madre y su buena hermana. Franqueáronme la puerta de su casa, donde entré cerrando la puerta, subí á la sala, y desempeñé la comision que me habia dado el viejo Caballero de manera, que ninguna de ellas dudó, que aquel Señor habia de dar principio á las grandes felicidades que falsamente yo las habia pronosticado. Habiendo cumplido así con el desengañado oficio que habia prometido, fui á dar cuenta de todo al que me le habia encargado, el qual halló vencidas las dificultades que podian estorbar el logro de su intento, por lo bien que yo habia dispuesto la materia, de manera que dentro de dos ó

tres dias consiguió lo que deseaba. Hizo que se me entregasen los veinte y quatro doblones, pero mandándome expresamente, que luego saliese de Génova. Fueme preciso obedecer, y pensando en qué parte podria hacer mas fortuna con mi supuesta Astrología, me determiné finalmente ir á probarla en Parma y Plasencia, pasando de allí á los Estados de la Casa de Este, y dexándome caer despues en los de la Iglesia.

CAPITULO XV.

*Progresos y fin de la profesion Astro-
lógica de Isidoro.*

Establecido así el plan de mis Astroológicas empresas, pasé prontamente á Plasencia. Allí encontré desde luego ciertos bufones, los quales, al mismo tiempo que se valian de mí para hacer mil burlas á otros, me lo pagaban liberal y aun profusamente. Uno de estos me dixo un dia: Señor Astrólogo, ¿no ve usted alli aquel hombre que está arrimado al mostrador de aquella tienda con una cara de enérgumeno? Pues sepa, que es un pobre mentecato, que ha consumido todo quanto tiene por encontrar el *Lapis Philosophorum*. Dígale usted, que no conseguirá lo que pretende, mientras no encuentre el *Bezoar de los Basiliscos*. Volé al punto hácia él, y sin mas ni mas le dixe: Señor, yo sé que